

Angeli eorum  
semper vident  
faciem Patris.  
Matth. 18.  
Paululu cum  
per transse  
eos. Can. vb 1.  
Idest, subli-  
mius contem-  
plando, nihil  
enim dignius  
super Angelos  
nisi sponsus.  
Hugo hic.

Inuenerunt  
me vigiles, qui  
custodiunt Ci-  
uitate. Cant.  
vbi supra.

templacion, passando de los Angeles à su Criador; que así comenta el dicho Cardenal las palabras: *A poco de averlas passado*; esto es, mas sublimemente contemplado. El Reuerendo Padre Fr. Juan de Santa Ana (de quien en el Capitulo antecedente se hizo mencion) entre las cosas admirables, que testificò de este Siervo de Dios, como quien conocia ya su verdadera, y solida virtud, afectuoso, le seguia, y devoto, le hablaba; dixo: Que caminando el Venerable Padre para la Puebla, se le atascò vna carteta en vn atolladero, ò pantano de lodo espeso, y pegajoso, de donde no podia salir, sino con mucha dificultad. Afligiòse Aparicio por ser de noche, è ir solo, y que ya los Bueyes irian cansados, y como en tales ocasiones por la falta de fuerças naturales por experiencia sabia, que le asistia la Proteccion Divina: implorò su poderoso auxilio, el qual estuvo tan presto à favorecerle, que luego viò junto à si à vn Mancebo vestido de blanco, que se ofrecia à ayudarle. Mas como Aparicio no le conociesse, entendiendo ser en la verdad hombre terreno, no estimò su favor diciendole: *Que ayuda me podeis vos dar, quando ocho Bueyes no pueden sacarla?* Y acometiendo à picarlos, en vn instante viò la carreta fuera del mal passo, y peligro en que estaba; bol-  
viò

viò à buscar à su ayudante, y como no lo hallasse, exclamò diziendo: *A fe que no soys vos de acá*, dando à entender que avia sido algun Angel, y pudiendo dezir con San Pedro: *Aora se verdaderamente, que embió Dios su Angel para que me librasse de este riesgo.* A mas de esto muchas vezes, que se le perdia el manto, los Angeles se lo traian; y por vltimo vn teligo de las Informaciones Apostolicas, y que comunicò mucho à Aparicio, jurò que muchissimas vezes le encontrò en el campo, y le parecia, que los Angeles lo llevaban por el camino.

CAPITULO CATORCE.

Prosigue la materia del passado, con algunas visiones de Santos, que tuvo el Venerable Padre Aparicio.

**P**Or estas guardas de la Ciudad se entienden los Santos Bienaventurados, que nos patrocinan, y están velando para dar el socorro, y amparo, que necessitan los Fieles, de estos asistieron algunos al Venerable Siervo de Dios Aparicio. Vno fue el glorioso Santiago el Mayor, Patron de la Corona de España, con quien tenia particular devocion,  
por

Nū scio vere,  
quia misit  
Dominus An-  
gelum suum  
& eripuit me  
Act. Ap. c. 12

por ser especial Patron, y estar el cuerpo del Santo Apostol en su tierra, y amada Patria la Nobilísima Galicia, el qual se le apareció visiblemente muchas vezes en la oracion, y lo consolaba en sus afficciones; y vna vez lo librò de vn peligro de muerte. San Antonio de Padua, de quien era especial devoto, por aver professado en dia de su Fiesta, tambien le favoreció visiblemente en diversas ocasiones; y muchas mas San Diego, con quien trataba mas familiarmente, no solo por la igualdad del estado de Legó, mas tambien por muchas virtudes en que se asemejaron en esta vida mortal. Auiendo ido á pedir limosna en casa de vn bienhechor, que viuía en jurisdiccion del Pueblo de Tecamachalco, quando llegó la noche, se entrò, como solia, á orar debaxo de vna carreta, y vna devota señora de la misma hazienda, que, ò por compassion, ò curiosidad, fue á verle, lo hallò hincado de rodillas orando, y sin aver persona alguna de esta vida con quien pudiesse hablar, le oyò, que dezia: *Ven acá Diego, no te vayas, ven acá.* Entonces la muger te manifestó, y le dixo: Padre Aparicio, con quien habla? A lo qual muy risueño èl le respondió: *Estaba aquí mi amigo S. Diego, y le rogaba, que trocásemos los Rosarios.* Ella quiso inquirir mas; pero

el

el Venerable Padre bolviendo sobre sí, no le respondió otra cosa.

Un dia se le perdió el manto, y aunque se hizieron diligencias para hallarle, no pareció, y assi se fue á acostar sin èl á su acostumbrado lecho debaxo de vna carreta, de donde salió á la madrugada con èl, de lo qual admirado Blas Hernandez que lo vió, le preguntò: donde lo avia hallado? A que respondió con mucha sinceridad: *San Diego me lo traxo, y me lo puso debaxo de la cabeza.* Este mismo favor recibió de nuestro Padre San Francisco, y San Antonio.

En otra ocasion le hurtò tambien el manto vna persona, la qual como quisiese patirlo, para vestir á vnos muchachos sus hijos, no pudo cortarlo, aunque hizo grandes diligencias con las tixeras, resultiendole el manto, como si fuera de hierro, porque lo disponia assi Dios nuestro Señor, por la intercession del glorioso San Diego, el qual le reveló á el Venerable Padre Aparicio, como estaba el dicho manto en casa de vn Indio: y el Siervo de Dios fue por èl, quedando admirados, confusos, y arrepentidos los que avian intervenido en la vexacion, que se le quiso hazer, assi de aver visto la dureza milagrosa del manto, que al modo de la Tunica inconsutil de

Chris-

*Non scindamus eam.*  
Ioann. 19.

*Vida, y Milagros del Venerable*

Christo, no permitiò ser partido, como la noticia de èl, que tuvo el Venerable Padre quando ellos lo ocultaban.

El caso siguiente muestra tambien el trato familiar, que tenia el Venerable Padre Aparicio con San Diego. Llegó à vna hazienda, que estaba à las orillas de vn rio de Atoyac, que era de Juan Ruiz, cuya muger llamada Constança Diaz le pidió rogasse à nuestro Señor, les diesse fruto de matrimonio, porque su marido lo desseaba mucho, y por falta de èl viuia desconsolada, y sin gusto. Prometiò el Siervo de Dios pedirlo à la Magestad Divina, y ella se lo acordaba todas las vezes, que iba à su casa (que eran muchas) hasta que en vna ocasion le dixo: Padre Aparicio, parece que se olvida de mi, y no ruega à nuestro Señor lo que le tengo encomendado. El Venerable Padre callaba, y no respondia cosa alguna; mas importunandole la muger, y repitendole con instancia su ruego, para que hiziesse à Dios la peticion, le dixo el Padre Aparicio estas palabras: *Mirad, ya se lo he dicho à Diego, y me dixo: que no os conviene tener hijos, y no los aveis de tener.* Lo qual sucedió como lo dixo, porque aviendo estado casada despues de esto treinta años poco mas, ò menos, nunca los tuvo; pero desde entonces vivieron en paz, y

cari-

*Fray Sebastian de Aparicio.* 168.

caridad. Otro testigo jurò, que veinte dias antes de la muerte de el Venerable Padre Aparicio, le oyó hablar con San Diego, y le dixo: *San Diego, presto os irè à tener compania.*

Pero de todos su mas frequente Companero, Patrocinador, Defensor, Amigo, y Maestro, fue nuestro Padre San Francisco, que como Padre le favorecia en todos sus trabajos, y necesidades, como se viò en el Noviciado, quando se le apareció visiblemente tres noches continuadas, y à la vltima le diò vn cariñosissimo abrazo, conque lo fortaleció contra las tentaciones del demonio, y lo alentò para la observancia de su Apostolica Regla, y Santa vida; cuyos alientos experimentò toda su vida, sin hallar jamàs dificultad en precepto alguno, sino antes imitandole, y siguiendole en sus consejos, y personales exercicios, especialmente en este de la santa oracion, en que como obediente hijo continuamente perseverò; y assi tuvo correspondencias grandes de fervores Celestiales, eleuaciones, y extasis en alguna manera iguales à las de nuestro Serafico Padre: el qual tanto se unió con èl, que visiblemente le assistia, guardandole sus Bueyes, y carretas, ayudandole à cargarlas, sustentandole quatro dias vna quebrada sin exe, sin dexar de rodar, trayendole su manto perdido, sanan-

acompañándole de sus enfermedades, y por último  
acompañándole como fidelísimo amigo, y  
amantísimo Padre, quatro dias continuos  
antes de su muerte dándole animo, y esfuer-  
ço en aquel terribilísimo trance, para que  
laliessse en paz de esta trabajosa vida, en que  
avia corrido à su imitacion, y exemplo, para  
que en su compañía fuesse à gozar del pre-  
mio, que le avia prometido, quando Noui-  
cio. Esta asistencia familiar de nuestro Se-  
rafico Padre San Francisco, la declarò el mis-  
mo Padre Aparicio à Blas Hernandez, testi-  
go de las Informaciones Apostolicas, el qual  
admirado de verle muchas vezes con dos  
carretas, que cada vna la tiraban ocho, ò diez  
Bueyes, le preguntó: Qué como se podia haber  
solo con ellas? Assi para vncir, como para car-  
garlas, y llevarlas por el camino, sin que se le  
enmarañassen, ò sucediessen otros encuentros,  
que suelen suceder à los carreteros. A lo qual  
respondió el Venerable Padre: *Que nuestro  
Serafico Padre San Francisco le ayudaba. Y  
replicò el hombre: que en qué forma? Y dixo  
Aparicio: Que andaba nuestro Padre en su  
compañia en figura de Frayle como él, que le  
guardaba los Bueyes, se los trata, y ayudaba à  
vncir, y à desencuartar, à arrear, y llevar las  
carretas, y en todas las demás necessidades que*  
se

se le ofrecian. Acciones todas, que solo caben  
en la fineza de vn amoroso Padre, y tan aman-  
te, como era nuestro Serafico Padre de su obe-  
diente hijo Aparicio, de donde se infiere, que  
era nuestro Padre San Francisco el que le fa-  
vorecia, quando vnciendo el Venerable Padre  
sus Bueyes les dexaba las coyundas tan floxas  
que con qualquier ademàn que hiziesse, po-  
dian soltar los yugos, cosas que admiraban à  
los Labradores inteligentes en la materia, por-  
que veian que tiraban tan fixamente las carre-  
tas, como si fueran muy constantes, y seguras;  
donde se conoce, que era superior mano la  
que las llevaba. Y tambien es de entender seria  
el mismo nuestro Serafico Padre el que le so-  
corrió en el caso siguiente. Caminando el Ve-  
nerable Padre por el Valle de San Pablo, jun-  
to al Pueblo de Acatzinco, Provincia de Te-  
peaca, se le cayò vna carreta en vna profunda  
Barranca, donde se le quebrò, acercandose ya  
la noche, supolo el señor de vna hazienda, que  
estaba alli proxima, y llevado de caridad, y jù-  
tamente de la devocion que al Padre Apari-  
cio tenia, mandò à sus sirvientes, que luego  
que amaneciesse, fuesse à sacar la dicha carre-  
ta, y la aderezassen. Lo qual prometieron  
ellos hazer con mucho afecto, y juzgando  
gastar todo el dia en la obra de sacarla, y ade-  
rezarla,  
Y

rezarla, madrugaron muy temprano, mas quando fueron, ni carreta, ni Aparicio parecian, porque ya avia proseguido su viaje, que como tenia de su parte tan diestro carretero, en muy breve tiempo debió de sacarlo de todos los cuydados juntos.

CAPITULO QVINZE.

De algunos extasis, y raptos admirables en que vieron al Venerable Padre Aparicio.

*Inveni quem diligit anima mea. Cat. c. 3.  
Tenui eum firmiter manu fidei, tenui eum vinculis amoris. Hug. C.*

Con la continuacion de diligencias santas que hizo, encontró la Esposa à su amado Jesus, y dize: Hallé, al que ama mi alma, tuvelo firmemente con la fuerte mano de la Fè, ó con los cariñosos cordeles de la Caridad, y no lo he de soltar, hasta que lo introduzca en la casa de mi Madre, y en el retrete de la que me engendró, ó hasta que él me entre en la casa de mi Madre, que es la Bienaventurança. Assi Aparicio perseverando en su continua oracion, tan atentamente lo buscò con la Fè viua, y con el amor encendido, que hallado en la contemplacion, lo tuvo fuertemente, hasta que salió de esta vida mortal, para comprehenderle en la materna Patria de la Glo-

Gloria. Y su amado Jesus tan fielmente le correspondió à estas finezas amorosas, conque le buscaba, que mortificadas las pasiones, y sossegado el uso de las potencias, y sentidos, le concedia el regalado sueño, de que tanto gustaba. Y para que lo gozasse con pacifica tranquilidad; dezia el mismo Espoto: Conjureros hijas de Jerusalem, por las Cabras, y Cierbos de los campos, que no recordeis, ni hagais velar à la armada, hasta que ella quiera. Mas Aparicio estaba tan lexos de querer despertar de esta suave quietud, y adormecimiento del espiritu, que antes le veian en los campos, y desiertos levantado de la tierra, en busca de su amado, como la varita que sube del humo, que sale de las especies aromaticas de la Mirra, y del Incienso. La qual se dize vara, por la rectitud de su sana intencion, sutil, por la atenuacion de su mortificado cuerpo, y por el despego de las cosas temporales, flexible, por su humildad, y mansuebumbre. O se puede dezir, que se compara al humo, porque era agil en sus obras, calido en su amor, y leve, porque no le gravaba el peso de los pecados; y assi agilmente subia en la contemplacion, como se verifica en el caso siguiente.

Estando un dia de Fiesta en el camino de Amozoc, vnciendo sus Bueyes, passaban vnos segla-

*Adiuvo vos filia Ierusalē, per capras, cerbosque camporum ne suscitatis, neque ē vigilare faciatis dilectā, donec ipsa velit.*

*Cant. cap. 3.  
Qua est ista, que ascendit per desertum, sicut virgula summi, ex aromaticibus mirra, & thuris.*

*Cant. cap. 3.  
Virgula comparatur sponsa, quia recta per intentionem, gracilis per carnis atenuationem, & temporalium abiectiōem, flexibilis per humilitatem, & mansuetudinem. Summo*

*Terminum compa-  
ratur, quia  
agilis in ope-  
re, candida in  
amore, leuis sibi  
ne peccatorum  
pondere, ascen-  
dens in contem-  
platione.*

Hugo hic.  
*Spectaculum  
facti sumus,  
mundo, &  
Angelis, &  
hominibus.*

J. Ad Chor.  
Cap. 4.

seglares házia la Puebla à oír Missa; los quales como le vieron trabajar en dia festivo, murmuraron entre sí, diciendo: Harto mejor era que el Padre estuviera en su Convento, oyendo Missa, y encomendándose à Dios, y no trabajando en dia prohibido para ello por nuestra Madre la Iglesia. La obra de suyo era buena, mas como el tiempo era vedado, tuvieron fundamento para escandalizarse, porque como los Religiosos están hechos espectáculo al mundo, à los Angeles, y à los hombres, deben atender tanto à lo interior, y exterior de sus acciones, que con ninguna causen ruyna espiritual al próximo; y así fue necesario el prodigio que aquí sucedió, para desempeño de la obra, y serenidad de las conciencias, porque atendiendo Dios por el crédito de su Siervo, dispuso que quando bolvian los seglares de su viaje, hallaron al Venerable Padre Aparicio eleuado vn codo en alto de la tierra, todo absorto, con vn extasis maravilloso, los ojos fixos en el Cielo, los brazos estendidos en Cruz, y en la vna mano el Rosario. Donde claramente manifestó el Señor la inocencia de su amigo, pues en la agilidad de vara de humo, con que le traía para sí de la tierra, se conocía que no tenía gravamen de culpa, que le abrumasse en la acción, y por

fino

fino huviessen penetrado la misteriosa respuesta en la misma maravilla, quiso que tambien por palabra satisficiera á su concepto, y murmuracion; porque buelto del rapto, los llamó, y dixo: *Hermanos, no murmureis, que para quien no puede mas, donde quiera está Dios, en la Iglesia, en la Ciudad, y en el campo; dexóme solo esta noche el Indio, que suele acompañarme, y como no estoy, ya para trabajar todo lo que necesitaba, no pude juntar tan presto estos Bueyes, como quisiera, para tener tiempo de llegar à oír Missa.* Quedaron admirados los seglares, no solo de averle visto maravillosamente leuado del suelo, sino tambien de oírle la satisfacion competente á su murmuracion oculta, que con espíritu profetico avia alcanzado; y postrados con arrepentimiento hamilde le pidieron perdon, y prosiguieron su camino, venerandole desde entonces en el grado que pedia el suceso admirable, que avian registrado, y no olvidando la amorosa reprehension que les avia dado, que por sus circunstancias seria muy eficaz.

Dos testigos juraron, que caminando vna noche clara por la Cienega de Guexotzingo, vieron vnas carretas, y conociendolas por del Venerable Padre, dixeron: Aquí está Aparicio. Llegaron á buscarle, y lo hallaron arroba-

Y 3

do,

do, y tan alto de la tierra que la Luna no hazia sombra, donde estaba el Siervo de Dios, fino muy distante, quanto el cuerpo estaba levantado en el ayre, que aunque el Señor lo queria en soledad, y alli á solas le visitaba, y favorecia, tambien quiso huviesse testigos, que en los futuros siglos publicassen los favores, con que regalaba á su amado Siervo; bien alli como su Magestad, que subió al Monte Tabor á orar, y alli se transfiguró, y para que lo viesßen traxo á Moyses del Limbo de los Santos Padres, á Elias del Paraiso, y á sus tres Discipulos les impulso precepto de silencio, hasta tanto que resucitasse.

El Padre Fray Juan de Sarmiento testificò, que avia oïdo dezir á muchas personas, alli Religiosas, como seculares, que avian visto arrobado al Venerable Padre en diversas ocasiones. Juan Nuñez de la Palma, Barbero, que le afeitó por tiempo de dos años, juró que quando para dicho efecto iba á su casa con llaneza amigable, y semblante alegre, le dezia dicho Padre Aparicio: *Venid acá rapa ruynes, afeitadme.* Y en algunas ocasiones viò, que estandole afeitando, se quedaba el Siervo de Dios transportado, cerrados los ojos, y la boca abierta, de donde entendia él, que estaba absorto, fuera de sí, y en alta contemplacion;

en

en el qual dictamen se afirmó, porque vna vez, aviendole llegado con la punta de la tixerá á la punta de la nariz, y cortandole en ella el cutis, de que le salió alguna sangre, la qual le limpió por tres, ò quatro vezes, el Venerable Padre se estuvo inmovil, mostrando que no lo avia sentido, hasta que aviendo buelto en sí, le pidió perdon el dicho Barbero por averle cortado, y sacado sangre; á que respondió el Siervo de Dios: *Hazed vuestro officio; que esso qué es, sino tierra?*

Yendo Estefania de Jesus vn dia á las cinco de la mañana de la Plaçuela al alto, que llama de San Francisco; al passar por la puerta del Norte, por donde se entra al patio, ò cimiterio de dicho Convento de San Francisco de la Puebla; vió que entre cantidad de piedras de cantería, que avia en aquel espacio, que media desde la puerta de la cerca hasta la de la Iglesia, salia mucha luz, y resplandor. Llegóse, y examinando de donde procedia, conoció entre las dichas piedras al Venerable Padre Aparicio, y juzgando que tenia junto alli alguna lumbrada, en que se estaba calentando, se fue hazia él, diziendole: Padre teneis frio? Mas acercandose lo halló con el rostro reclinado sobre la mano derecha, los ojos abiertos mirando al Cielo, y no solo no tenia lumbre,

Y 4

ma-

material, ó elemental, mas estaba todo su cuerpo cubierto de elcarcha, que le avia caído encima, por ser tiempo de Inbierno, y viendo, que no le respondia, sino que estaba transportado, y fuera de sí, lo dexò, y prosiguiò su camino, dando gracias á Dios, que en medio de la nieve, y frío corporal, conservaba tanto fuego espiritual, que resultaba á lo exterior, y causaba tan deleytable claridad. Todo nacia de su encendido espíritu, porque si la luz es indicio evidente de que ay fuego, y se ha dicho que Aparicio subia por los desiertos, como vara de humo, encendido, es por el fuego de amor de Dios, que ardia en su pecho, y tal vez salia su llama por dispensacion Divina, á aclarar en contorno la inferior porcion. Todo esto, y muchas cosas mas le sucedian á nuestro Santissimo Padre San Francisco, de aparecer lleno de luz, que despedia la lumbré amorosa, con que se abrasaba su alma; y de levantarse tanto de la tierra, que estando en el ayre le alcançaba los pies Fray Leon, otras le vió encumbrado, como los arboles muy altos, y otras tan encumbrado, que apenas le podia ver. Y puede se piadosamente entender, que á todos estos favores, y regalos, que recibia en la oracion Aparicio, cooperaba nuestro Santissimo Padre con su intercession; porque si ordi-

ordinariamente le acompañaba, y en todos sus traydidos le favorecia, como se ha dicho; quanto mas en el exercicio superior á todos, como lo llamaba nuestro Padre, y que tan ardentemente deseaba, que sus hijos con total empleo, y amor, se dedicassen á él? Y quizá hizo con Aparicio lo que con Fray Mateo.

Caminando nuestro Padre San Francisco para Francia con Fray Mateo, se entió en vna Hermita á hazer oracion, y alli fue tan grande el feivor, en que se encendió su alma con la visitacion Divina, que parecia salirle llamas de fuego de su boca, ojos, y rostro, y yendo se al Compañero assi abrasado, dezia á grandes voces: Ha, ha, ha, Fray Mateo vente á mi, vente á mi; diziendo esto por tres vezes. Fray Mateo espantado de tanto incendio, se arrojó en los brazos del Santo Padre, el qual fervorizado, y repitiendo: Ha, ha, ha: lo pló, ó halitó en él, y con este soplo, ó halito lo levantó en el ayre espacio de vna alta pica. Quedó Fray Mateo casi fuera de sí, del impetu grande del espíritu, y contaba despues á los Frayles, que en aquel soplo, y alanzamiento avia sentido tanta dulçura, y suavidad espiritual, quanto no se acordaba en su vida aver experimentado otra vez; pues si tanta abundancia de amoroso fuego gozaba nuestro Serafico Padre,



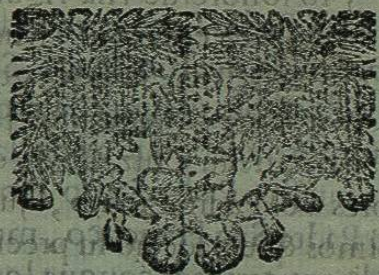
*Vida, y Milagros del Venerable*

dre, que pudo comunicarlo con el aliento en vn abrazo que le dió à Fray Mateo, aun vi- viendo en esta vida mortal, donde escala- mente se participan los ardores del Divino espíritu; que mucho que abrazando à Apari- cio, y asistiendole con tanto amor, despues de reynar en la Bienaventurança, donde sola- mente ay hartura, y saciedad de gloria, le in- fundiessa tales incendios, que como Serafín le caldeasse con la ascua del amor Divino, para que abrasado recibiesse las influencias, y ex- halaciones Soberanas?

Estando en la Enfermería de la Puebla gra- vemente aquejado de su enfermedad ordina- ria, le quedó suspenso, ó transportado, y pare- ciendole à vn Religioso que le assistia, que era algun efecto de tristeza, ó melancolía, que le avia sobrevenido, con la grandeza del acci- dente, fue à llamar à vn diestro Musico que avia en el Convento, para que con la suavidad de su voz, y lo sonoro de vna viguela lo di- virtiessa, y dilatasse el corazon. Mientras el Siervo de Dios Aparicio, que no gustaba de otra musica, que de la que cantó Jesus vida nuestra à el harpa de su Cruz, quedó ofrecien- do sus dolores à el Padre Eterno, juntos con los acervissimos que padeció su preciosissimo Hijo, y allí fue distinto el consuelo que tuvo  
del

*Satiabor, cum  
appauerit  
gloria tua.  
Plalm. 16.*

del Cielo, del que le querian dar en la tierra, porque quando bolvió el Compañero, y abrió la puerta de la Celda, fue tan deleytable la fragancia que de ella salió, que quedó como fuera de si admirado, teniendola por cosa Ce- lestial, y Soberana: y mucho mas, quando en- trando dentro, halló sano, y muy alegre al Venerable Padre, à quien avia dexado enfer- mo, y triste. Importunole para que le descu- briesse el misterio, mas él no se lo dixo, sino que al punto se levantò, y partiò à dar gracias al Señor; pero en el suave olor causado de los misteriosos Aromas de la escogida Mirra de su mortificacion continua, y del Incienso en- cendido de su devocion devota, juntamente con la repétina salud que avia cobrado, se manifestó claramente, que avia sido merced del Divino Esposo, que avia venido à visitarle.



*Ex aromati-  
bus mirra,  
thuris.  
Cant. cap. 3.*